

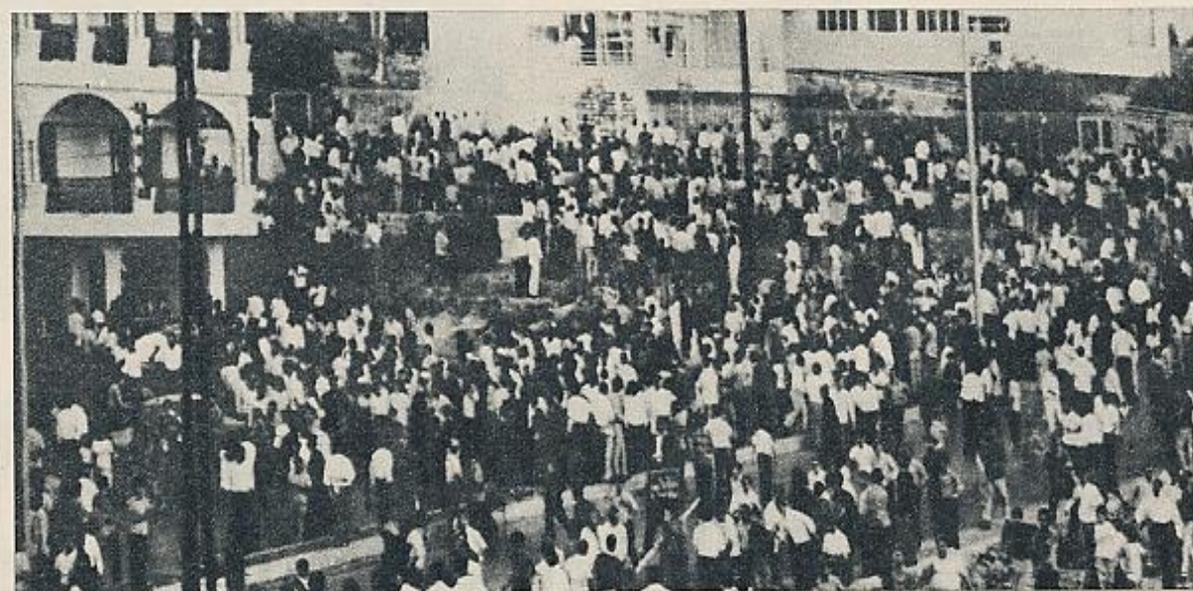
LA NUEVA FUERZA GUERRILLERA ARABE

Muchas veces se olvidan los orígenes básicos de lo que se llama el conflicto de Oriente Medio, y con ese olvido se pierden las claves de algunos acontecimientos, como el que en Jordania ha enfrentado al Rey Hussein con los guerrilleros. La gran zona árabe es una fuente de riquezas —el petróleo— y una encrucijada estratégica —Mediterráneo, Canal de Suez, Nilo, vía de África—, y su configuración política y geográfica —división en reinos, instalación de dinastías rivales— fue una obra imperial británica para conservar su dominio; una parte trascendental de ese proyecto fue la creación, conservación y establecimiento del Estado de Israel. Al heredar los Estados Unidos el Imperio británico, necesitaron neutralizar unos revolucionarismos que pretendían la nacionalización íntegra de las riquezas y su redistribución, y evitar que la estrategia de la zona se evadiera hacia el neutralismo. Apoyaron los regímenes tradicionales duros, contrarrevolucionarios por esencia, con el Pacto de Bagdad, siguiendo una política global —Syngman Rhee, en Corea; Ngo Din Diem, en Saigón; todos los Trujillo, todos los Pérez Jiménez de Hispanoamérica—, y se equivocaron porque los revolucionarismos encontraron más posibilidades de desarrollo en esa situación de tiranía. El Pacto de Bagdad quedó roto precisamente por una revolución en Bagdad. El fortalecimiento, el apoyo sin límites, al Estado de Israel es un punto trascendental en esa política. Hay unos elementos auténticos en Israel: la ilusión milenaria de reimplantarse donde estuvo su origen, el anhelo de poner fin a la diáspora, la huida de las persecuciones en Europa y, sobre todo, el hecho de que estando allí tienen que asegurar su supervivencia. Todo esto está siendo utilizado desde fuera, y hay judíos conscientes de que están siendo, una vez más, víctimas de una utilización.

En este contexto, el episodio de Jordania es una muestra —quizá trascendental— de la situación única, que es un enfrentamiento entre revolución y contrarrevolución. Quizá los regímenes más tradi-

cionales, más conservadores, hubieran aceptado ya una de las varias fórmulas de pacto con Israel, de «arreglo» en Oriente Medio, de no haber sido por la presión popular, de la que forman parte no solamente los refugiados palestinos, sino también las masas de población de los países de monarquía feudal. La política militar de Israel y sus hábiles golpes de mano consisten principalmente en dividir Estados y guerrilleros; en tratar de que los gobiernos amenazados traten de eliminar a los grupos guerrilleros para poder realizar el pacto, en darles la noción de que, mientras les alberguen los campamentos de los «feddayin», serán castigados. Esta es la explicación, muchas veces desdeñada, de que sean precisamente los países conocidos como más moderados los que reciben el peso máximo de la agresión. El Líbano, por ejemplo, que ha basado una parte de su economía en convertirse en un amparo del capitalismo irregular con el puerto franco de Beirut —recogiendo gran parte del aventurerismo capitalista que tuvo que huir de Tánger—, y en una servidumbre turística sin límites, ve que todo ello se quiebra en razón de la inseguridad que presenta, como consecuencia de los ataques de Israel. Los generales libaneses trataron ya de deshacerse a cañonazos de los guerrilleros árabes, como han tratado ahora los ejércitos reales de Jordania. Hussein se ha encontrado con un conato de revolución y ha tenido que ceder. Muchos dicen que es el principio del fin. Muchos dicen que el joven y temperamental monarca está perdido, entre su propio ejército, al que ha decepcionado.

¿Qué hubiese ocurrido si en lugar de un pacto hay un triunfo abierto de la revolución? Probablemente hubiera sido uno de esos puntos por los cuales los Estados Unidos no están dispuestos a pasar. Se dijo que la 82 división aerotransportada estaba a punto de salir de los Estados Unidos para volar hacia Jordania «en socorro del Rey»; el desmentido norteamericano ha sido lo suficientemente débil y vago como para dar a entender que efectivamente



“El Líbano, que ha basado una parte de su economía en convertirse en un amparo del capitalismo irregular con el puerto franco de Beirut y en una servidumbre turística sin límites, ve que todo ello se quiebra en razón de la inseguridad que presenta como consecuencia de los ataques de Israel”. (En la foto, manifestantes libaneses frente a la Embajada jordana de Beirut, que terminó siendo saqueada e incendiada.)

podría haber sucedido y aún puede suceder. Israel advirtió que «no quedaría indiferente», mientras que Siria y el Iraq anunciaban su propósito de comparecer en Jordania en apoyo de los revolucionarios. ¿Cuál hubiese sido la posición de la URSS?

Parece que Moscú no quiere ni pensarlo. Moscú se ha apresurado a condenar a los guerrilleros: «Son —dice Pravda—, "irresponsables y aventuristas" porque contribuyen al proyecto imperialista de dividir a los árabes; las guerrillas "ayudan objetivamente" a los americanos, y proporcionan un pretexto para aumentar su intervención». Llega a suponer que este conato de lucha revolucionaria haya sido provocado directamente por los servicios de inteligencia de los Estados Unidos. De lo que está tratando Moscú es de sostener en Oriente Medio un equilibrio de fuerzas, y esta movilidad guerrillera puede destruirlo. Tanto los Estados Unidos como la URSS tratan de controlar por sí mismos la situación, graduando su envío de armamento y la dependencia de las partes implicadas. Una situación como la aparecida —y no desaparecida aún— en Jordania puede implicar la pérdida de control. ¿Qué haría la URSS en caso de un desembarco norteamericano o de una operación conjunta contra Jordania dominada por los guerrilleros? La intervención propia sería ya un enfrentamiento directo con los Estados Unidos y el destrozo de su política global de entendimiento, de coexistencia pacífica; pero la abstención la condenaría ante los movimientos revolucionarios, ocasionaría una nueva fisura en el pensamiento comunista y la llevaría a un aislamiento mayor. Por eso, lo mejor que puede ocurrir es que no ocurra nada.

Pero cualquier política a gran escala, la americana o la soviética, o las dos unidas, debe tomar muy en consideración lo que ha ocurrido como una demostración de la gran fuerza revolucionaria que se ha erguido. El pacto firmado por Hussein con Yasser Arafat obliga en mucho a Jordania a seguir la política guerrillera. En el terreno de la negociación significa una negativa a los últimos planes propuestos por los Estados Unidos, y en el de la situación militar la posibilidad de un endurecimiento en los combates en el valle del Jordán. Indica este despliegue de fuerza que quizá el Líbano se vea pronto en unas condiciones muy parecidas.

Quiere decirse con esto que cualquier plan de paz con bases reales, que emane ahora de las dos grandes potencias dominantes o que se instrumente por las Naciones Unidas, debe tener en cuenta los intereses de los grupos guerrilleros y de las masas árabes, y no recluirse a los términos clásicos de una negociación entre Estados. No suele estar esto en la tradición de los grandes políticos «legales», que repugnan todo acuerdo en el que participen los irregulares, situación que se puso de manifiesto con una famosa frase de De Gaulle en su guerra de Argelia, cuando pretendía encontrar un «interlocutor válido» y exigía que, antes de negociar, «se dejaran las navajas en el guardarropa», y se ha repetido en las negativas de los Estados Unidos a tratar directamente con el Vietcong. Los «no reconocimientos» se han mostrado hasta ahora, en la historia, como más dañinos para quienes los dictan como para los que han de ser sus presuntas víctimas.

Dentro de las mismas guerrillas árabes, la situación tras esta victoria se radicaliza hacia la izquierda. El acuerdo obtenido por Yasser Arafat del Rey Hussein parece escaso, y ha sido ya criticado por el Frente Popular de Liberación de Palestina, de Habach. Habach gana en popularidad, mientras Arafat —que parece más partidario de la línea El Cairo-Moscú, que consiste en no romper el equilibrio de fuerzas— comienza a aparecer como excesivamente moderado. De la misma forma, los Estados —la RAU, incluso Siria— se ven también obligados a radicalizarse hacia la izquierda para no «perder la cara» ante sus propias masas, que les acusan de pactantes y de derrotistas.



BUMEDIAN: CINCO AÑOS El 19 de junio de 1965 se produjo en Argelia el golpe de Bumedian contra Ben Bella, desaparecido desde entonces, sin que haya habido más que leves, confusos rastros de que pueda continuar con vida. Fue un «reajuste revolucionario», según la fórmula que emplea ahora en la conmemoración el Consejo de la Revolución Argelina que, como es de rigor, se felicita —y reclama las felicitaciones ajenas— por «los resultados tangibles» de este reajuste. El Estado —dice— era antes «inexistente» y ahora ha sido construido «con el apoyo de las masas»; el partido se ha organizado en el principio de «regreso a la base», la riqueza del país se ha recuperado y restaurado, se realiza una «promoción del hombre», se franquean «las etapas de la construcción del socialismo» y se dibuja el camino de «la Argelia de mañana».

Nixon contra el senado

LA CUARTA DERROTA

Cuando el Senado de los Estados Unidos rechazó una propuesta presidencial que tendía a dar amplios poderes al Presidente para realizar acciones militares en países extranjeros, en la tribuna pública estalló una ovación y el vicepresidente Agnew amenazó con evacuarla si persistía en lo que consideró «falta de decoro». Cincuenta y dos senadores —entre ellos trece republicanos— se opusieron a la petición de Nixon, mientras cuarenta y siete votaban a favor. Nixon había solicitado del Congreso la revisión de la enmienda llamada Cooper-Church, que requiere que las acciones militares de envergadura sean aprobadas por el Congreso antes de llevarse a cabo; alegaba que ello disminuía sus poderes, significando que tales acciones podían

emprenderse «para salvar vidas de soldados de Estados Unidos». Redactada la enmienda en el sentido presidencial, hubiera permitido a Nixon enviar nuevas tropas a Camboya pasada la fecha límite del 1 de julio. La resolución del Senado dice que el texto de la enmienda no impide que el jefe supremo del Ejército pueda tomar decisiones de urgencia en ciertos momentos, pero no acepta que esta facultad se convierta en un «cheque en blanco» que el Presidente pudiera utilizar para emprender cualquier acción sin el permiso del Congreso. Si realmente el texto no es muy contundente y sigue permitiendo una gran capacidad de decisión personal al Presidente, el significado del debate y de la votación tiene dos sentidos principales: una condena abierta de la intervención en Cam-